

*“Hay hombres que luchan, y son buenos.  
Están los que luchan años, y son mejores  
También están quienes luchan muchos años  
y son muy buenos. Pero están los que luchan toda la vida.  
Esos son los imprescindibles”.*

(B. Brecht)

Conocí a Pepe en una pensión de la calle Rey Heredia. Morábamos allí un nutrido grupo de estudiantes universitarios, muchos de ellos provenientes de los municipios lejanos de la provincia. Algunos de nosotros sólo teníamos cubierta la habitación y el almuerzo del medio día, lo cual nos llevaba a compartir humanismo, inquietudes y manjares de pueblo en algún cuarto durante las noches Guadalquivantes. Nos conjurábamos en un aquelarre de libros, apuntes fotocopias, “posters” y braseros eléctricos compartiendo el hambre y la risa. El queso sabía a más queso, la naranja a néctar, y la licenciatura a futuro laaargo por determinar.

Pepe arpegiaba una guitarra. Me preguntó si sabía tocarla y al asentir me la cedió con complicidad socarrona. Supimos pronto que las canciones suramericanas eran la apuesta donde participar todos sin exclusiones. Cantaba las letras con enorme entusiasmo e, hiperactivo él, con su bulla intermitente, apenas daba tregua para pasar al próximo tema. Pronto supe que llevaba la vida bien alto y que también la retaba adolescentemente en un juego serio, quizás para despistar a los contrarios en un alarde de mismidad siempre conquistada. Ambos sabíamos que las palabras tienen poderes mágicos y que la poesía, con Celaya, es un arma muy cargada de futuro.

No me extrañó nada que años más tarde cargase las tintas en las mesas negociadoras introduciendo apostillas de lirismo en el articulado de los convenios colectivos. Nada mejor que una heterodoxia mezclada con aires de bohemio irredento para retar un mundo cada vez más distante suyo. Pepe agitaba la bandera a los cinco vientos con el defecto, convertido en virtud, de no fingir lo que se da y de darse en demasía cuando se daba. Estaba en lo más y en lo demás y, por estar, compartía su dignidad con la de todos. Reforcé esta misma idea el día de su boda cuando, disfrazado de Lady Godiva, nos congregó feliz para desvanecer el Atlántico y cantar a Neruda sin ojos de aislado. Nuestro amigo nunca escondió la apariencia de vivir más allá de lo suficiente.

Con él me quedaron, sin embargo, dos cosas pendientes. Primero, nunca se presentó a exámenes en asignaturas donde yo era profesor suyo. Siempre fuimos exquisitamente escrupulosos el uno con el otro con esta paradoja

vital, pero presumo que no quiso arriesgar un ápice de la palabra amistad. La segunda quizás se salde cuando vea la luz este bello libro a su memoria. Pepe me ofreció un día con gran humildad unos poemas con vistas a publicarlos. Se los devolví pronto con las apreciaciones que podía hacer un aprendiz de poeta como yo. Al tiempo supe que se sumergió en lo profundo pero ignoro a qué puerto llegó aquel barco en cuyas bodegas pululaba la fuerza del aliento y del desaliento. Lo que sí sé es que ambos idolatrábamos las palabras de B. Brecht que encabezan esta presentación. En loor de lo imprescindible.

Francisco Alemán Páez  
24 de julio del 2012.